

Pasado y Presente: la tragedia de los gramscianos argentinos

A Juan Carlos Portantiero y José Aricó

Vamos a ensayar en esta introducción una pregunta en torno a la tragedia de la vida intelectual, es decir, su vinculación inevitable, y a la vez insondable, con la vida política a propósito de la trayectoria de la revista Cordobesa *Pasado y Presente* en sus dos épocas (ostensibles marcas de historicidad: 1963 a 1966, y 1973). Su valor final reside en que siendo una empresa intelectual de la izquierda argentina, de las de mayor envergadura, una época la sostiene y justifica, y otra época la devora. Este es precisamente el tema de la revista: el juego entre la voluntad humana de dejar su sello en aquello mismo que la disuelve. Conoce los métodos para refutar las opacidades del presente, pero no puede defenderse acabadamente cuando otra forma inesperada del presente le sustrae su razón de ser y la deja sin habla. Una revista revolucionaria y de alto nivel de problematización de la historia política puede vivir de la astucia de la razón, hasta donde puede. Cuando pueden más los otros, pegada como estaba a la piel de los acontecimientos, se encuentra con el vacío y el otro nombre del vacío. Solo que este se dará en otra revista y en otros escritos, percibiéndose entonces que lo que a ella la hacía legible en ese tiempo anterior, no consistía en otra cosa que en no haber advertido, ella, que también era la autocrítica de las publicaciones de algún ciclo anterior al que había interrumpido otro abismo; la cesura que casi siempre implica guerra y violencia en su condición bien otra, la conocida prescindencia de textos y publicaciones, que son sepultados en la censura, la muerte o el terror.

Pasado y Presente se anuncia como una revista de cultura en su primer editorial colectivo —sin duda, surgido de la pluma de Aricó—, y afirma que en esta clase de publicaciones siempre hay algo de “astucia de la razón”. ¿A qué se refiere? Todo el ciclo de la revista, en sus dos épocas, quizás no alcanza para certificarlo. Esa conocida figura hegeliana, tan sugestiva, en la que la Razón enmascara su periplo en formas pasionales, individuos febriles y singularidades turbadas, quería decir que un enorme afán parecería gobernar los hilos secretos de la revista. Ella toda está dedicada al problema crítico-teórico de la revolución socialista en Argentina y en el mundo. No hay palabra que se escriba en ella que no aluda a este vastísimo asunto, pero al mismo tiempo, astuciosamente, se tejen hebras de acero compuestas por lo más oscuro de la reacción —finalmente: el terror— que es la cuerda paralela que va tomando conciencia de sí mientras estos jóvenes van encarando su “ruptura generacional”.

Porque *Pasado y Presente* se ve hija de esa clase de eventos: una ruptura generacional, para lo cual también debe decir lo que tantos en esa situación han dicho: somos una generación sin maestros. Esto da aliento para formular los contornos del problema. Hay un proletariado habitando aún en “demasiados residuos corporativos”, e intelectuales que no encuentran cómo atravesar o desenredar esta opaca trama. De ahí el problema del “pasado y el presente”, de neta filiación gramsciana. ¿Cómo hacer para que una indagación del pasado sea aquella que lo tornan nuevamente vivo, pero bajo otro ropaje operativo, precisamente, el del presente revolucionario? El problema conduce directamente a una formulación que acepta o adopta fácilmente el nombre de *humanismo marxista*, y adicionalmente se coloca en posición de admitir algunos antecedentes intelectuales en el tratamiento del mismo problema, aunque con diversos lenguajes. En la lejanía, *Martín Fierro*, *Nosotros*, *Claridad*, revistas modernistas o académicas que de todos modos rompían con lo que el editorial denomina “provincianismo” de la cultura argentina; al pasar, se menciona la mariateguiana *Amauta*, y más cercanamente, *Contorno*, de los hermanos Viñas. De ellos, quien más interesa a *Pasado y Presente* es Ismael, pues en sus reflexiones de mediados de los sesenta reconocía el peligro de que los jóvenes insurgentes sean, en última instancia, absorbidos y aprovechados por las nuevas clases dirigentes. Otra forma de la astucia de la razón.

¿Se podría desde Córdoba, moderno centro industrial, resolver lo que aparentemente *Contorno* no habría sabido hacer, buscar esa conexión entre el humanismo marxista y los núcleos activos de un nuevo proletariado? ¿Se podría hacerlo buscando orientaciones definitivas en el “genio de Tréveris” —como se lo llama a Marx—, donde textos como los *Manuscritos*. ...de 1844 permitiesen perfilar esa antropología marxista cuyas claves no se habían sabido desplegar anteriormente con mayor fortuna en el país? El clima gramsciano con el que se escriben estos párrafos —aquí y allá aparecen expresiones como “reforma moral e intelectual”—, es retomado en el primer artículo con la firma que presenta la revista, la de Juan Carlos Portantiero, y se titula: “Política y clases sociales en la Argentina”. Allí, con el ya asentado estilo politológico de este autor, lucen expresiones como “crisis hegemónica de las clases dirigentes” para referirse a

los acontecimientos de la hora, que siempre en Pasado y Presente actúan en segundo plano, insinuados episódicamente pero con sabida vehemencia. Acá se trata de la elección del 18 de marzo del 62, donde triunfa el peronismo de la provincia de Buenos Aires, lo que muy poco después origina la caída del gobierno de Arturo Frondizi. Para Portantiero, estos acontecimientos admiten el velo interpretativo del nuevo lenguaje que la revista está ensayando. Tratase ;del surgimiento de una nueva autoconciencia proletaria que, sin embargo, aun se halla envuelta en ámbitos bonapartistas, lo que no oculta el fracaso de la burguesía industrial ni el hecho, mas impresionante, de que parece ya que no “quedan salidas burguesas para la situación nacional”. El periodo, pues, deja en sus puertas oír sus repiques revolucionarios.

En ese clima tenso, se vuelve necesaria una discusión rigurosa que rompa el mencionado “provincianismo”. La encuentra *Pasado y Presente* en el conjunto de artículos que publica a continuación, extraídos de la discusión italiana sobre el carácter humanista o científico marxismo, tomados de la revista *Renacita*, dirigida por Palmiro Togliatti. El primer nombre que surge es el de, por aquel tiempo muy leído, Cesare Luporini, que además acaba de ser electo senador en el parlamento italiano por el Partido Comunista de ese país. Luporini, que en su juventud había sido discípulo de Heidegger, ahora estaba embarcado en la defensa del humanismo de Marx, lo cual exigía rechazar el corte que en aquel entonces promovía el althusserianismo, entre Hegel y su eminente discípulo. Luporini percibe una subjetividad dialógica en el trasfondo de la historia, que opera menos dentro de un agotado historicismo, que en la dirección de un comunismo que actúa como una unidad concreta y objetiva de la naturaleza humana con el conocimiento científico, que no es otra cosa que la *objetividad real* y su otro nombre: la “intersubjetividad practica de las relaciones humanas”. Poniendo la atención en la *Introducción crítica de la economía política* de 1857, autoría de Marx —llamado de tipo metodológico que tendrá amplio eco en *Pasado y Presente*, Luporini proyecta estos argumentos en disidencia con otro pensador marxista italiano que también está en el centro de la discusión, y proclama aceptar la “ruptura hegeliana” de Marx: es Galvano Della Volpe, autor del muy frecuentado libro *Critica del gusto*. Della Volpe postula una crítica al romanticismo y un

procedimiento lógico que obtiene aquella misma *Introducción...* del 57 de Marx: la "abstracción determinada".

Sería una larga exigencia la de reseñar todas las aristas de esta discusión, que debía sorprender por su novedad al público lector de izquierda —el grupo Pasado y Presente como se vera, acababa de desprenderse . del Partido Comunista Argentino -, y que no menos nos sorprende hoy por la deriva de algunos de sus partícipes. Lucio Colletti, lucido y respetado estudioso de la relación Hegel-Marx, que *Pasado y Presente* acoge en sus páginas, y cercano en aquel momento a las posiciones de Della Volpe, en medio de la compleja coreografía ideológica del mundo contemporáneo, acabara como diputado berlusconiano varias décadas después. No deja de intervenir en la polémica —sobre la que flotan los espectros de Althusser y Gramsci— el filósofo Enzo Paci, observando que debe tener razón Sartre en materia del célebre tema de la "dialéctica de la naturaleza", antes que Lukács. Hoy nos parecen matices lo que en aquel momento era divergencia plena, en la que también ya Gramsci había dado su opinión poco favorable al lukácsiano *Historia y conciencia de clase* de 1923. Paci, en un librito publicado en esos mismos momentos y muy consultado por los estudiantes de filosofía, *La Filosofía contemporánea*, editado por Eudeba, sorprendió con un atractivo cotejo entre las conclusiones similares a las que habrían llegado dos filósofos tan disimiles como Heidegger y Wittgenstein. Nicola Badaloni, también se sitúa como parte de la polémica que recoge *Pasado y Presente*, con una defensa de Della Volpe. Y este mismo interviene con su conocida posición que rechaza la "abstracción indeterminada", pero acerca el lenguaje científico al lenguaje artístico sin conceder a una abstracta unidad de las artes, siguiendo en este caso el famoso análisis de Lessing sobre *Lacoonte*, que también influyera sobre Marx. Una pizca de estructuralismo anti-historicista ya era introducida aquí. En otra participación, Leporino acusa a Colletti de manipular textos de Marx y le pone obstáculos a la consideración, a su juicio un tanto obvia, con que Della Volpe resumía el trabajo de Marx de 1857, campo primigenio de la célebre polémica, según el cual todo se encerraría en un itinerario cognoscitivo considerado en tanto círculo de lo concreto-abstracto-concreto. Se trata de una interpretación dellavolpcana que un marxismo que se quiere

menos científicista, como el de Luporini —con quien Oscar del Barco concuerda en su artículo del mismo número de la revista, rechaza como parte de una confusión en la que incurre Della Volpe al considerar que lo “concreto representado” en Marx es algo separado del pensamiento abstracto. De ahí que la “población” es primero abstracta y cuando se vuelve a ella no es la misma, ya es síntesis de múltiples determinaciones, es decir, una variedad determinada de lo concreto. En un número posterior de la revista, retornara el tema Della Volpe, pero ya bajo la forma de una crítica que realiza Héctor Schmucler a un libro de Raúl Sciarretta, en la que afirma que no hay sensibilidad hacia la comprensión de la *Crítica del gusto* del mencionado autor italiano.

En medio de esta gran polémica, que sacude repentinamente al marxismo italiano, instalada en Argentina por mediación de *Pasado y Presente*, no se dejan de tocar las cuestiones de una teoría estética en Argentina. Lo hace Héctor Schmucler con su artículo “Realismo y novela testimonial argentina”, que denota el modo en que ya procedía la plena lectura de Lukács, Gramsci y Della Volpe -adverso, este, al romanticismo— en Argentina. Aquí se señala la senda divergente del realismo crítico respecto del naturalismo, donde la obra misma se estructura con autonomía del lenguaje, con carácter testimonial, independientemente de las intenciones del autor. Schmucler avanza así hacia una pequeña historia (de esa contraposición entre el testimonio realista y el lusnaturalismo, examinando novelas como *Amalia* de Marmol, la trilogía de Cambaceres y *Dar la cara* de Viñas. En un tono menor, Juan Carlos Chiaramonte no se equivoca en realizar un juicio sobre el europeísmo de la cultura argentina, no como mera “importación cultural”, en cuyo caso tendría razón el anti europeísmo del nacionalismo, que asimismo es otra “importación” europea opinión que Borges había formulado en un muy conocido escrito-, sino como estudio real de la formación pluricultural argentina que exige no estigmatizar a ninguno de sus componentes. Se verá, poco tiempo después como esta discusión Fugaz de esta primera entrega de *Pasado y Presente* adquiere el dramatismo que le darán los sucesos políticos de época. El mismo juicio nos merece la contribución lateral de Gregorio Bermann sobre “Peculiaridades del pueblo argentino”. El número se cierra con la publicación de

la "Introducción a la crítica de la economía política" de Marx. Este texto era ya más que centenario en los años 60 del siglo posterior al que fue escrito, pero aun refulgían sus proposiciones metodológicas y la formidable *adenda* sobre el arte griego, que se presta a innumerables interpretaciones, donde esta manera arcaica del arte aparece como parte de un "encanto atemporal", con autonomía de las relaciones sociales que lo han producido. Un Marx en el borde abismal de su propio marxismo, y que resuena de ese modo en *Pasado y Presente*, y seguramente en los que hubieron de ser los lectores de aquellos tiempos.

Acontecido el pasmo del primer número que venía de la ciudad mediterránea, en un momento en que ya se publicaban en el país revistas como *Fichas*, *La Rosa Blindada* y *el Escarabajo de Oro*, la entrega siguiente (número 2-3) se abre con la polémica sobre marxismo y cristianismo que protagonizan León Rozitchner y Conrado Eggers Lan. Los primeros escarceos tuvieron lugar en la revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras y en *Discusión*, un pequeño folleto mensual de minúsculo tamaño que los memoriosos recordaran en su circulación de mano en mano por los bares que rodeaban el antiguo asentamiento de aquella Facultad, en la calle Viamonte al 400. Rozitchner comienza el ataque en *Pasado y Presente* con un escarceo en el que se reconoce su singular estilo: hay una subjetividad bien intencionada en Eggers Lan. Pero solo puede subsistir si no se la "confronta con actividades y objetivos de los cuales ella misma expreso estar en contra". Eggers aparece como un cristiano hegeliano que separa materia y espíritu y huye de la totalidad humana de sentido. ¿Acaso no cita Eggers la tesis 11 de Marx? Si. ¿Pero de qué valdría desalojada de su condición de verdad, si no esta acompañada de las demás definiciones de Marx sobre la práctica, lo que entonces permitiría apenas convertir el llamado a la transformación del mundo en una "máxima cristiana"? La totalidad humana singular, que es un supuesto en Marx, es un dogma de Fe en Eggers Lan. Pero este ha dicho que su intención es la de recuperar un análisis fenomenológico de la existencia humana concreta, sin abstracciones economicistas.

La discusión deriva hacia el "amor cristiano", que según León relativiza la lucha de clases por la misma razón que su amor es abstracto, sumergido en la divinidad pero sin percibir la

lógica de la humillación; amor también transhistorico que se metamorfosea fácilmente en “amor al dinero” y no el amor que va mas allá de toda alienación. Por lo cual, el amor en el marxismo no podría sino diferir del amor cristiano, que postula una salvación, pero prioriza su si-mismo antes que lo amado. Desprecio, entonces, del amor como símbolo de la existencia del otro, y desprecio por un amor que exige transformar la sociedad para expresarse también como auténtico amor en singular, que inevitablemente llevaría a transformar “la subjetividad cristiana”.

Conrado Eggers Lan, por entonces un prestigioso profesor de filosofía antigua en la Facultad de Filosofía y Letras, autor de trabajos Fundamentales sobre Platón, responde en un número posterior de *Pasado y Presente*. Incómodo, protesta por los calificativos que le dirige León —“metafísico de la burguesía”- cuando en verdad habría que tener, dice Conrado, una imaginación mas ondulante que la necesaria para verlo de ese modo. ¿Acaso su método concreto-fenomenológico descuida la realidad social del hombre? ¿No sale de ahí un amor tan concreto como el que reclama León? Rozitchner insistirá luego ese amor es abstracto, surge de un rígido mundo interior y se acerca rodo lo que puede a los poderes actuales de la sumisión.

La revista clausura aquí este debate esencial que recorre los años sesenta: el debate entre “cristianos y marxistas”. León Rozitchner estaba insinuando allí el rumbo de su obra posterior, que mas de dos décadas después coronara con *La cosa y la cruz* una reflexión sobre el cristianismo de san Agustín, seguido paso a paso para mostrar su compromiso oculto con la formación incipiente del procedimiento capitalista. Eggers era una notable figura de la filosofía argentina que abrazaría luego las denotaciones del peronismo insurgente y acaso menos en su digna actitud personal que en sus opciones políticas no debía ser el acreedor de aquellas severas criticas de León, que de alguna manera no se dio lugar para una comprensión mayor del drama espiritual de Eggers, que el mismo León había definido muy bien al comienzo de la polémica: el reconocimiento de la existencia de una subjetividad bien intencionada y, había agregado, el elevado nivel reflexivo de sus trabajos.

El número 2-3 había proseguido con un artículo muy bien concebido del marxista italiano Antonio Banfi, sobre “El problema sociológico”, traducido por Arico. Allí Banfi se pronuncia por una sociología sin dogmas ni científicismos abstractos que no replique el modelo analítico de las ciencias naturales y que no reduzca los hechos sociales a hechos biológicos. El ejemplo de Simmel le parece apropiado, cercano a la fenomenología, aunque afectado por una gravedad metafísica; aun así, siempre preferible al empirismo norteamericano. Wright Mills le parece asimismo recomendable, en la medida que se insinúa para la sociología una indiscutible impronta humanista, lo más cercana que se pueda a una filosofía de la historia que, transcurridos muchos años desde los primeros balbuceos sociológicos ahora debe estar cerrada en un saber dialéctico concreto sobre el hombre social. Como se puede apreciar, esta polémica sobre la sociología, que titulé del mismo modo muchos años hasta que aparecieran obras como las de Foucault, corría en paralelo a la otra gran disensión entre “cristianos y marxistas”, con las consiguientes relaciones mutuas e intercambios —que la obra del jesuita Jean-Ives Calvet representaba muy bien en esos años— que *Pasado y Presente* aunque puede sentirse tentada a recoger, no lo hace, dejando la cuestión del lado de la posición enérgicamente renuente que proponía León Rozitchner. En cuanto a la sociología, el mismo número trae una excelente reseña de Juan Carlos Torre en relación a cómo se forma un espíritu sociológico en medio de la historia social norteamericana, poniendo énfasis especial en la sociología democrática de Robert Lynd, cuya pregunta, *Knowledge for what*, estaba en condiciones de ser recibida con simpatía por los sociólogos latinoamericanos.

Le siguen dos interesantes artículos de la cosecha local, uno del filósofo cordobés Enrique Luis Revol, del que muy poco se escuchará hablar luego, analizando de un modo original la relación entre instrumentos de trabajo y símbolos, lo que constituye la conciencia humana y otro del crítico literario Noé Jitrik, que se pregunta sobre la naturaleza del “escritor reaccionario”. Esta cuestión no se resolvería analizando los contenidos de las obras de los autores de derecha —un Gálvez, por ejemplo— sino examinando qué relación proponen con el lector, o bien deteriorándola a través de opciones ligadas a una ética del estilo, o convirtiéndola

en una relación donde los términos son autónomos. De ahí que autores de convicciones conservadoras como Dostoievski, Proust, Balzac o Faulkner, con sus materiales “específicamente literarios”, interfieren creativamente en todo lo que en ellos mismos, en sus propias biografías personales, podría haber de opciones socialmente retrógradas, o aun de los que fueran sus “propósitos iniciales literarios”. Es así que el escritor reaccionario es el que “congela la comunicación”, mientras que la posición del escritor que no inmoviliza al lector en su experiencia concreta de autonomía lectora, quien quiera que fuere, y que además no “Habla con formulismos desde lo alto”, es el verdadero escritor, al margen de cualquier calificación política.

Llega el turno, en el mismo numero, de otra buena contribución que esta rigurosamente presente en discusiones que comienzan en ese momento, en un marxismo lateral como el que representa el historiador inglés Eric Hobsbawn, en este caso sobre el estudio de los llamados “sectores subalternos”. Resuena para la revista, y también en el propio Hobsbawn, la obra gramsciana. El artículo, por otra parte, esta tomado de la revista *Società*, de la izquierda italiana. El historiador inglés cita a Henri Lefebvre y a Ernest Labrousse, autores en los que los estudios de la vida cotidiana y las estructuras de precios de los comestibles son conceptos habituales de las investigaciones de los periodos mas convulsionados de la Revolución Francesa. Como ya lo venia haciendo, Hobsbawn muestra estar bien informado e interesado por los movimientos milenaristas —caso especial de la acción de las clases subalternas— que constituyen formas prerrevolucionarias de la violencia, suelen formar buenos cuadros políticos, poniendo en jaque a muchos sistemas políticos, pero sin capacidad de sustituirlos. Cita Hobsbawn a Peter Worsley, autor especializado en “tercermundismos”, con su *The Trumpeter Shall Sound*, libro referido a los movimientos milenaristas en las Islas del Pacífico. No cuesta mucho advertir como estos conceptos cundían en la obra que muy poco después lanza Roberto Carri, quien era ajeno al movimiento revisteril de *Pasado y Presente*, y pondrá estos conceptos en forma de libro: su *Isidro Velázquez, formas prerrevolucionarias de la violencia*, de larga repercusión en su época y en la rememoración de sucesivas generaciones de lectores.

Una contribución notable por el nivel de tensión alcanzado en la argumentación, y que nada debe envidiarle a los autores del marxismo italiano que a la distancia inspiran a la revista, es la polémica que mantiene Oscar del Barco con Tulio Halperin Donghi, a propósito de un artículo de este en *Cuestiones de Filosofía*, revista dirigida por Eliseo Verón y Jorge Lafforgue, entre otros, de aparición anterior a *Pasado y Presente*. Se trataba del tema de la “larga duración” como metodología histórica —cuestión desde hacia tiempo difundida por autores como Braudel, firmemente instalados en las lecturas argentinas de aquel momento, y cuyo libro sobre el mediterráneo, hacia tiempo editado, había sido una verdadera revelación en todos los círculos intelectuales de historiadores—, que era presentada como superadora del marxismo, según Halperin. Esta formulación lleva a la respuesta de Del Barco, en el sentido del error que omite el hecho de que hay en el marxismo una ontología crítica junto a una epistemología crítica, lo que en sí mismo no produce una contradicción entre las diversas temporalidades de las que da cuenta el marxismo en su historicismo abierto, cuya imagen previa de la totalidad no traza límites fijos sino que constituye horizontes siempre porosos. De ahí que sería menos la “larga duración” la que integra el “modelo marxista”, que este en su despliegue ontológico, puesto que éste da cuenta de las diversas apoyaturas del tiempo que elige el historiador. A condición de no estar desprovisto de una concepción del mundo, cosa que la mera metodología de la “larga duración” dejaría de lado.

Culmina el número con un balance -a cargo de Aricó— del XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en la senda del “descongelamiento” del estalinismo. Se saluda el hecho de que funciones del Estado sean transferidas a asociaciones libres de ciudadanos. Y apoyándose en un informe de Palmiro Togliatti, se comenta favorablemente tanto el acercamiento a Yugoslavia como el retiro del cuerpo momificado de Stalin del mismo Mausoleo donde se encontraba el cuerpo de Lenin. No se le retiraría, en cambio, el nombre a la ciudad de Stalingrado. La memoria de los millones de muertos de esa crucial batalla de la Segunda Guerra Mundial, librada en esa ciudad, lo impedía. En la sección Comentarios de libros vuelve a aparecer León Rozitchner, a través de un elogioso comentario de su libro *Moral burguesa y revolución*,

culminado esta entrega de *Pasado y Presente* a tambor batiente. El Partido Comunista argentino, a través de Rodolfo Ghioldi, emite un comentario sobre la revista: “Renegados” e “intelectualidad que reemplaza el leninismo por metafisiqueos”. Respuesta de *Pasado y Presente*: seguiremos desarrollando el marxismo anti dogmático que interesa a las nuevas capas de intelectuales y de jóvenes.

Pasado y Presente número cuatro se inicia, por decirlo así, algo sacerdotalmente. Aricó retoma el editorial con una reflexión que titula “Examen de conciencia”. Es efectivamente un credo. Nuestra fe en el marxismo no habrá de caer en el agnosticismo. Las claves interpretativas emanan de los propios hechos. El provincianismo cultural de los PC obstaculizó la expansión del marxismo en el proletariado. Una maravillosa aventura cultural fue reemplazada por un aburrido cuerpo de doctrina. Se abandonó el derecho a la crítica. Tema Agosti. Claro que interesaba la opinión de Héctor Agosti. Era el marxista más sapiente del Partido, el que había decidido la traducción y la publicación de Gramsci por la editorial partidaria. Había sido maestro de esos “renegados”. Había una genealogía no escrita, que la revista no menciona. José Ingenieros maestro de Aníbal Ponce. Aníbal Ponce maestro de Agosti. Agosti maestro de Portantiero. Ese hilo conductor se había resquebrajado, sin duda, dolorosamente para todas las partes. Pero en ese momento que la historia reclamaba sus libras de objetividad, Aricó preguntaba: “¿No quería Agosti una visión creadora de la praxis revolucionaria? Cuando aparecía, el partido la reprobaba en nombre de ‘imponerle leyes a los hechos’”. A Agosti lo traicionaba así “un caligrafismo”, lo que debía tomarse como un acatamiento a modelos ya escritos de realismo craso, que el realismo de Lenin nunca había contenido, pues siempre imperaba en él la singularidad de cada coyuntura.

Y había más, y estas palabras tenían un peso indisfranzable. La ceguera que habían mostrado con el peronismo. Al revés, la ingenua confianza en Frondizi. La ignorancia sobre la imposibilidad de la realización de una reforma agraria por parte del peronismo, la disposición actual de las masas pauperizadas del interior hacia la crítica de las armas, la interpretación positivista liberal de la historia —en el mismo número hay una crítica a las interpretaciones

históricas del historiador del PC, Leonardo Paso—, que incluso no permitía observar cómo un tipo especial de capitalismo nacional absorbía al movimiento obrero, ausencia total de consideraciones sobre el "intelectual colectivo". Demasiadas razones, innumerables puntos a considerar. la rajadura era palmaria.

Por eso, el examen de conciencia incluía demostrar que "la insurrección es un arte y no un teorema". Las experiencias revolucionarias nacionales no deben ser copias del proceso acontecido en la URSS, y rematando el aserto surgen los ejemplos: ni Cuba ni Argelia se inspiraron en él, y los respectivos partidos comunistas de esos países no fueron iniciadores de la revolución. ¿Y en cuanto a la violencia? Puede ser la levadura de un nuevo sistema, en cuanto alejada del inmediatismo de cualquier *putsch*. De repente, aparecen en el idioma de Aricó palabras ajenas a su primer formación e incluso al reciente gramscismo: el país con las fuerzas productivas trabadas contiene un "hinterland semicolonial", una "pseudointustrialización". Por este último concepto protesta Milcíades Peña, con ironía, desde la revista *Fichas*. ¿No vendría bien que *Pasado y Presente* declare la autoría de ese concepto, que pertenece a aquella revista y no a *Pasado y Presente*? Efectos de la búsqueda de la nueva idiomática, inevitable superposición de voces en la izquierda intelectual de las más diversas orientaciones. Roberto Carri extendía por todos lados un concepto que era del patrimonio común, y que es de los que insistentemente aparece en *Pasado y Presente*: el imperialismo como categoría interna de la lógica económica del país y no solo como ejercicio de una coacción exterior.

¿Y en cuanto a la democracia? No había una separación entre esta y el socialismo. El socialismo la incluía y la inscribía en su interior. Esta aseveración, entre la larga serie de reprobaciones al Partido, estaba destinada a levantar vuelo propio cuando la serie sistemática a la que aludía este examen de conciencia se resquebrajara en el momento en que el mundo histórico al que pertenecían dejara de tener sentido.

¿Podía poseer el cuerpo redactor de la revista alguna advertencia sobre esta última cuestión, llamémosla así, en torno al suelo escurridizo de la historia? En el mismo número del "examen de conciencia", aparece el escrito de Lukács sobre el "marxismo ortodoxo", escrito en

1919 e incluido como prólogo a *Historia y conciencia de clase* dos o tres años después. Hubiera servido para considerar el modo en que la historia se hace incógnita y procede a desviar sus propios momentos en que parece dejarnos todo conocimiento a la luz. Como se sabe, allí Lukács, aún romántico y hegeliano, niega la teoría del reflejo y la dialéctica de la naturaleza. El marxismo es un método y ese método es la dialéctica, que nada le debe a la inmediatez de los hechos rudamente objetivos. La forma mercancía lleva a errores aún a los marxistas dogmáticos, y solo puede criticarse "desde el punto de vista de una totalidad inmanente", figurada en la expresividad teórica del proletariado. Pero para el momento en que *Pasado y Presente* lee a Lukács, *Historia y conciencia de clase* se publicaba con su célebre autocrítica, en la que el propio autor declaraba ser apenas un izquierdista ético, llevado por climas políticos preexistencialistas y abismales, mientras que desde el punto de vista cognoscitivo todavía se mantenía dentro de una metafísica o un idealismo conservador. El proletariado permanecía así no como una fuerza de la historia viva real sino como un apriori teórico. ¿Qué hubiera pasado con el efecto de esa autocrítica, que lleva a Lukács hacia una ontología socialdemócrata cercana al llamado, en ese entonces, "eurocomunismo", cuando por esa misma época —comienzos de los sesenta— *Pasado y Presente* esgrime su voluntad insurreccional?

De inmediato, bajo el título "Problemas del tercer mundo", Héctor Schmucler firma un extenso e informado balance donde se afirma una crítica al "paternalismo tecnológico" de las naciones socialistas más desarrolladas, tótem prendido a las definiciones sobre la coexistencia pacífica. Inspirado en André Gorz, se critica a chinos y yugoslavos por desplegar una planificación no centralizada, entre tantas otras cuestiones de aquella remota actualidad, que incluye cierta simpatía por Kruschev. Todas cuestiones a las que hoy cuesta verles una relación más cercana con el itinerario intelectual que ya había recorrido, dramáticamente, Georg Lukács, el autor del texto que estaba apenas unos centímetros más arriba, o unas páginas más adelante. No obstante, Fanon, admirado y elogiado, no pasa de todas maneras totalmente indemne por el cedazo de uno de los reseñistas de *Pasado y Presente*—Francisco Delich— por sus planteos

sobre el campesinado y su apología de la violencia como una fenomenología de la cultura nacional.

Entramos ya a *Pasado y Presente* nº 5-6, correspondiente al mes de septiembre de 1964. Se abre con una magnífica crónica del sacrificio de Patrice Lumumba, escrita por Sartre para *Les Temps Modernes*. Brilla la prosa del filósofo para narrar las desventuras del líder congoleño asesinado, de las que se pueden obtener pesimistas conclusiones sobre las vacilaciones y divisiones étnicas en el interior de los procesos de descolonización africanos. No solo luce aquí una textualidad informadísima y lúcida —cada hecho que propone es una pequeña porción de rebato filosófico— sino que deja caer un ligero toque personal sobre el escrito, que de ese modo, nadie en *Pasado y Presente* podría escribir; recordándole a la revista que aún podía envolverla cierto ‘provincianismo’: "Fanon —dice Sartre— me ha hablado a menudo de Lumumba". Luego de trazar un impresionante cuadro sobre las debilidades políticas de Lumumba y la coalición entre el imperialismo y sectores específicos de la burguesía negra que se coligan para matarlo, Sartre escribe como si fueran páginas de sus grandes obras de teatro: "de ahora en adelante hay un cadáver entre ellos".

Pero el número no solo tiene como trasfondo el drama de Lumumba. Hay otro más cercano. Se trata de la guerrilla de Salta, el EGP. En el plano más latente de sus páginas se deja vislumbrar la preocupación de la revista; uno de sus redactores es apresado, hay manifiestos de solidaridad. Pero el rumbo de la exploración teórico-crítica sigue la pauta prevista. Se lee a continuación un artículo de José Arthur Gianotti, el filósofo marxista brasileño, sobre tecnología y alienación. Gianotti rechaza el punto de vista fenomenológico para criticar la tecnología, e indica que basta para situar la cuestión la interpretación detallada de lo que ya Marx propone en los capítulos sobre la "gran industria" en *El capital*. Resumiendo mucho un artículo de solvente complejidad, Gianotti observa que en el proceso de trabajo fragmentado por la máquina, que es donde se produce la alienación, es necesario que cada trabajador tome conciencia del acto parcelario que realiza para fundar, no desde una antropología filosófica iniciática sino desde un saber crítico, un nuevo humanismo capaz de refundar también una nueva tecnología.

Y nuevamente nos encontramos con el filósofo cordobés Enrique Revol, con un artículo sobre Fausto y Hamlet vistos a través de Shakespeare, Marlowe, Francis Bacon y Montaigne, escrito que constituye un riguroso y fundamentado análisis de la condición moderna. ¿Qué hace ese artículo allí? Su legibilidad hoy es la misma que ayer. No suscita la melancolía del lector ni un impulso a la lectura propio del profesional de la historia de las ideas. ¿Qué perseguía *Pasado y Presente* al publicarlo? De alguna manera, era el modo de ser más fiel con la propia consigna gramsciana de la revista. Pero, o bien una revista sabe que la devora su propio tiempo, si por alguna razón diluye sus singularidades para revertirlas de distintas maneras, o mantiene cierta atemporalidad en su producción, que de todas formas guardará proporciones con el tiempo en que es escrita. Es el problema del Quijote de Menard. Es cierto, entonces, que se podría decir que Fausto analizado con la sólida batería conceptual de Revol no sería el mismo si lo ponemos a servir a una perspectiva que abarque las cinco décadas que ya han pasado desde aquel otro presente que es ya pasado. No obstante, no es lo mismo un artículo de Aricó —el que le sigue al de Revol, por ejemplo, donde trata con pertinencia la polémica de aquellos años entre Ernesto Guevara y Charles Bettelheim, donde el economista inglés advierte la posibilidad de un fracaso, si más que atenerse a las fuerzas productivas pasan a primer plano los estímulos morales—, que una perspectiva de reflexión sobre Fausto y Hamlet, a no ser que los situemos como figuras que encarnan precisamente los dilemas de la producción, de la duda moral o de la conciencia dramática en el socialismo. Pero no era ese el propósito de *Pasado y Presente* en su explícito eclecticismo. Eclecticismo o diversidad cultural que probablemente obedece al intento editorial de superar lo que varias veces llama Aricó "provincianismo" de la cultura argentina, siendo precisamente un erudito filósofo... provinciano, el encargado de mostrar el valor universal, relativamente ajeno a la coyuntura, que también constituye un dilema permanente del debate de los intelectuales del país.

Dijimos antes "trasfondos" . ¿Qué publicación no los tiene, no quiere tenerlos, o nos los muestra con distintas dosificaciones que responden a lo incierto de toda revista en relación con su época? Si es una revista cultural, un poco con la artesanía del tahúr —festejada por Borges y

Sarmiento—, y otro poco por decisión historizante, dejará que asomen las puntillas del evento singular entre el oleaje inagotable de las teorizaciones. Por eso podemos dar por cerrado este número con la crítica al esclerosamiento de un libro del comunista mendocino Benito Marianetti -escrita por Portantiero- y una evaluación hecha por Delich del viaje de De Gaulle a la Argentina, oportunidad para arrojar dudas sobre el bonapartismo a la francesa y su modesta réplica local, que a propósito del tema el propio De Gaulle se encarga de descalificar en sus diálogos con Malraux con una mención despectiva al peronismo, que sin embargo va con sus bombos entusiastas a rodearlo “como si fuera yo”, tal cual había indicado el propio Perón desde Madrid. Del mismo modo que la revista teórica sabe unir a Sartre con Lumumba —gracias a la sutil escritura literaria de Sartre—, propone a las demás noticias de actualidad para que luzcan apenas como en las pizarras de un noticiario. *Pasado y Presente* se ocupa entonces de noticiar la evolución del nacionalismo revolucionario en diversos países, lo ve como alternativa al bonapartismo de Vargas o Perón, y desliza favorablemente el nombre de Brizola, mientras sigue los informes autocríticos del Partido Comunista de Italia, aún liderado por Togliatti, dirigente al cual la revista no es adversa, a pesar de que en décadas pasadas había sido el rival de Gramsci, y dígase también, quien inició su publicación al filo de concluir los años 40.

Moderado, sin excesivos desprecios, solo el que la cuota mínima de “combate por la historia” exige, *Pasado y Presente* fija posiciones frente a la bibliografía de época. Se constituye así en una guía testimonial de lo que entonces era leído y comentado, para solaz de la devoción del crítico de otrora y dadivoso alimento pastoril del arqueólogo de hoy. He aquí Emilio de Ipola frente al Adam Schaff de ayer. De Ipola ve en Schaff al antiguo estalinista que busca reconvertirse luego de la caída del déspota, haciendo de su antigua ortodoxia un marxismo humanista, mostrando buena voluntad hacia Sartre y abrirse a un diálogo con la fenomenología, pero según su crítico, sin entender demasiado el concepto de “totalidad concreta” que se lee en la *Crítica de la razón dialéctica*, libro de Sartre que acababa de aparecer. La historia es implacable cuando con sus invisibles movimientos se desliza bajo nuestros pies. ¿No podría pensar hoy De Ípola, exceptuando ciertos nombres y circunstancias, lo mismo que pensaba

Schaff hace 50 años? Nos pasa a todos con todo. Por eso toda opinión actual reviste modalidad de tragedia y, no obstante, nadie puede privarse de darla, pues hasta el doctor Fausto se desactualiza y se reactualiza según ritmos de una historicidad que no conoce ni puede conocer. , de alguna manera, es siempre una consideración extemporánea, pero revestida de deseo coyuntural y proyectos de concernirse en la contemporaneidad.

A la altura de la publicación del número 7-8 se produce la invasión norteamericana a Santo Domingo, y la revista comenta “la imposibilidad yankee de no cometerla”. Otro ramalazo de la inmediatez política. Pero rápidamente se da paso a una larga reflexión de Régis Debray, al que mucho hemos leído en aquellos tiempos, y que sigue aproximadamente las líneas de su *Revolución en la revolución*; y percibimos como lectores cuánto hemos mutado, él y nosotros, y quizá también, en tanto lectores, vemos que buena parte de la tarea es leernos por segunda vez, cotejados con la primera manera en que leímos —acaso sea eso la literatura en general, esa confrontación de dos lecturas que se escinden y se combaten siendo quizás ese el sentido profundo de *“Pasado y Presente”*; una necesidad y una imposibilidad de leer dos veces lo mismo, haciéndonos y haciéndolo distinto. Se lee siempre de una manera tan pesadosa, que este acto proporciona una dignidad en la gravedad y un horizonte primerizo de tranquilo optimismo que desconoce su deber de tener, alguna vez, la previsión de saber qué será cuando cambie. Se lee poseyendo la lectura en un tiempo que no se posee. “Pasado y presente”.

Debray se dedica ahora a escribir trabajos sobre teoría de las imágenes a partir de la pulsión de muerte, que deriva luego a los grandes símbolos plásticos y a la arquitectura onírica de toda imagen, tenga o no sustento material. Para eso, sus citas ya no son de Fidel Castro o Guevara, sino de Fustel de Coulanges o de Serge Daney. Subsiste un libro de Héctor Schmucler, en su actual bibliografía, también sobre la teoría de la comunicación. ¿Qué queremos decir al observar esto? Nada. La nada del existir lector. Quizás se pueda ver en el sueño trasapelado de un análisis sobre el “foco”, pero ya transpuesto al triunfo final de lo que ahora llama “grafósfera” y “videósfera”. La transparencia escatológica de las imágenes y las escrituras totales como forma de dominación. Pero el estilo es el del investigador académico, traicionado aquí y allá’ por el

antiguo ensayista juvenil de revoluciones, y la observación de casos sobre Haití —la punición sobre personas colocándoles un neumático incendiario en el cuello, tomada de una imagen de publicidad televisiva- que quizá proviene de su anterior y muy vasto conocimiento sobre América Latina.

Es precisamente lo que revela su artículo titulado “Castrismo, la gran marcha de América Latina”, tomado de *Les Temps Modernes*, la revista que lee el grupo de *Pasado y Presente* luego de *Rinascita y Società*. En este escrito desfilan todas las realidades políticas de los países latinoamericanos desde comienzos de los 60, con una impresionante información de primera mano, efectos comprobables de lecturas aplicadas y la prestancia de la conocida tesis sobre el “Foco” revolucionario, que no mucho después adquirirá la Forma del libro *Revolución en la revolución*, recorriendo todos los planos de la lectura social y juvenil revolucionaria de la época.

En esencia, Debray depende la tesis —no olvidemos que de alguna manera es un discípulo universitario de Althusser-, que se dirige contra la tentación del “golpe de estado”, que también abarca a las izquierdas latinoamericanas. Y cita el caso del brasileño Prestes, izquierdista capitán del ejército de ese país, que en 1935 consigue tomarla ciudad de Recife y por algunas horas ciertos cuarteles de la ciudad de Rio de Janeiro, con el apoyo de todo el buró de la III Internacional, recibiendo luego una dura respuesta represiva del gobierno de Vargas, que termina afirmándolo a este durante un largo ciclo. Para Debray, era un *putsch* lo contrario al “foco”, que es la replica ajustada al enfoque leninista del “eslabón mas débil”, símbolo de un llamado a las fuerzas sociales colectivas y nunca una reproducción del antiguo “blanquismo”, reprobado por un conspiracionismo instantaneista. Hoy, Blanqui —casi podemos tomar apuestas- debe haber subido sus méritos en la consideración del actual Debray, a propósito de las relecturas recientes de su asombroso libro de 1871, *La eternité pour les astres*. Pero estamos en 1964: Debray opina entonces -y su artículo esta tomando de *Les temps Modernes*- que la guerrilla urbana no esta en condiciones de volcar la situación, pero tampoco lograría superar cierto rastro romanticista si solo se fijara en la guerrilla rural. ¿Y la acción de masas? Sería desmantelada fácilmente, al igual que cualquiera de esas metodologías insurgentes tomadas una

a una, aisladamente. Faltaría el rol articulador, ese corte epistemológico llamado "foco" —que acaso anticipa las posteriores elucubraciones de Debray sobre la historia de la mirada y sus tecnologías - que reanima todas las dimensiones dispersas del Fenómeno revolucionario. Como ocurrió con el ataque al cuartel de Moncada.

Eran revolucionarios profesionales, pero actuando en vistas del conjunto social envolvente en donde late el sentimiento colectivo revolucionario.

Sin un acto foquista de esa índole -foco como potencia desencadenante, no autoaislamiento-fracasan las huelgas generales, los movimientos gremiales de protesta, aunque también pueden fracasar los Focos que no están bien implantados ni dirigidos por un firme comando político central. Debray ¡menciona los ejemplos de Douglas Bravo en Venezuela y del EGP en la Argentina, Son fracasos con diferencias entre sí, que hay que estudiar. Por ejemplo, el EGP quedó aislado de las fuerzas sociales, aunque despertó simpatías en la "izquierda peronista", Así la llama Debray, a la que le dedica cierta atención, aunque también les critica la inorganicidad del terrorismo urbano en que están empeñadas esas Fuerzas que dicen responder al famoso hombre derrocado en 1955, y en cuyo nombre también se desata una improvisada guerrilla en 1958, denominada "Uturuncu", destinada al mismo fracaso debido su precipitación. Al pasar menciona Debray a John William Cooke. Lo encuadra ligeramente en esta lista de fracasos y logros futuros, pero a pesar de estar atento a todos los acontecimientos ¡sin duda, ha recorrido países, ha recibido informes, ha conversado con innumerables líderes revolucionarios, no consigue detectar ahí la marca de una singularidad que no era tan fácil reducir a un conjunto de articulaciones e instancias de la filosofía del foco, que pasara por alto la madeja espesa que unía a Cooke con el peronismo. y al mismo tiempo lo separaba.

En suma, para Debray el porvenir revolucionario se halla localizado en el territorio de Bolivia, donde no es difícil encontrar "las mejores condiciones objetivas y subjetivas". Las cartas ya estaban echadas. Los anuncios ya habían sido hechos. El tiempo de espera se acotaba dramáticamente; la escena estaba preparada para una revolución, con los planos inmanentes de inmolación que se respiraban también – o bien ahora, ya pasado tanto tiempo, creemos respirar-

en el propio escrito de Debray. La superación teórica de los fracasos anteriores no habría de acontecer, sumándose altura en una escala universal a la lista de desventuras precedentes.

Pero Nosotros no lo sabemos. *Pasado y Presente* no lo sabe. Todavía hay un *hinterland* de tres años mas, y es posible leer a continuación el trabajo de Eliseo Verón, que como verdadero anticlímax le sigue al de Debray: "Marxismo y sociología". Aquí Verón exhibe una batería costera de importantes reflexiones bajo la guía estructuralista, siempre inteligentemente invocada. Hay una vocación de escribir con el auxilio de gráficos y Organigramas, que Lévi-Strauss usaba con alguna medida mayor, pero que corresponde a lo que en Los dominios de aquella escuela de pensamiento se consideraba como una correlación entre el pensar y los esquemas puros de la razón analítica. Verón es marxista, y viene de demostrarlo en la revista *Cuestiones de Filosofía*. ¿Pero que marxismo? Uno que en la sociología estructural —por comodidad llamémosla así— permitiera la superación de la escisión neokantiana entre "ciencias de la naturaleza" y "ciencias del espíritu", que hasta mediados de los años sesenta ocupara todavía la imaginación sociológica. Eliseo Verón proclamará que la sociología es el "hecho irreversible de nuestra época", pues era esa la localización ineluctable en la que se podía mantener una unidad de método con otras formas de conocimiento, por lo que no existía una distinción entre la naturaleza y la cultura, sino que el problema de la escisión debía desplazarse a un metalenguaje ligado a los distintos papeles, según la índole del acto del observador respecto al mundo natural (del cual era heterogéneo) y al mundo social (del cual era homogéneo).

Pero el marxismo de Verón introduce en su interior la unidad del método científico que disuelve en su ser el conocimiento de la naturaleza y el conocimiento de la producción social. Esto lo lleva a escribir un balance de la obra de Merleau-Ponty, que no es fácil de comprender a la luz del medio siglo transcurrido. Merleau-Ponty acababa de fallecer y Verón escribe en *Cuestiones de Filosofía* que el autor de *Lo visible y lo invisible* parecía permitir el pasaje hacia el estructuralismo, las teorías estético-formalistas de la mirada e incluso hacia el lacanismo, a diferencia de Sartre. Pero en una reseña muy reticente sobre su obra, opina que "Merleau-Ponty inició su reflexión filosófica haciendo un esfuerzo por comprender la realidad

contemporánea a la luz del marxismo. Pero ciertos rasgos de sus primeros libros —vistos ahora— anticipaban que se trataba más bien de un esfuerzo por absorber el marxismo —si ello era posible— en su propia filosofía. Y ante la evidencia de que era imposible asimilar el marxismo a esa fenomenología sin destruirla para hacer de ella otra cosa, solo quedaba abandonar el marxismo, o lo que es lo mismo, reducirlo a una filosofía y anunciar su ‘clasicismo’. Merleau-Ponty salvó así su filosofía, pero perdió la historia. Un precio sin duda demasiado alto”. ¿Pero cual era el marxismo de Verón en esos años de *Cuestiones de Filosofía*, revista contemporánea a *Pasado y Presente*, donde se publica también el artículo de Halperin sobre la “larga duración”, que Del Barco refuta en *Pasado y Presente*, replicando los términos en que Verón intenta refutar a Merleau-Ponty? Sería la “larga duración” la que ya esta incorporada al marxismo, y no este el que se convierte en un método auxiliar de la nueva historia de las mentalidades. La diferencia es la imprudencia o la presunción con la que ya en ese momento Verón considera una obra, que a su manera es perdurable, fuera de cualquier otra disquisición, como lo es la obra la de Merleau—Ponty.

Volviendo al artículo de Verón en *Pasado y Presente*, allí también el marxismo pasa por crear un modelo analítico para el estudio de las superestructuras, sin acudir a la “sociología del conocimiento” ni a las “determinaciones de la última instancia económica”. Se trataría entonces de clasificar sistemas de ideas heterogéneos y sistemas sociales heterogéneos en sus múltiples relaciones. De ahí los “cuadros” que permiten clasificar los distintos tipos de ideas y sistemas sociales, lo que permite una confrontación entre Parsons y Marx, pues ambos tienden, en última instancia, a abolir la distinción entre estructura y superestructura; pero Marx lo hace en la “sociedad global” y Parsons desde el punto de vista del actor racional individual. En Parsons, además, esa relación entre conductas e ideas es “observable”, lo que no ocurre en la sociedad global en la que piensa Marx. Quizá para Verón, si se entiende bien lo que quiere decir con ese dudoso concepto de laboratorio -observables-, en Marx las ideas que ingenuamente se verían alojadas en la “superestructura “merecen otro nombre. Verón lo tiene. Se trata de “mensajes materializados, institucionalizados bajo forma de textos”, no necesariamente ligados a una teoría

de la representación sino, como quiere la lingüística contemporánea, como actos del habla, cosas hechas a través de palabras. El equivalente de estos análisis se los encuentra en el modo en que un Lévi-Strauss o un Barthes examinan las estructuras mitológicas.

De este modo, pueden situarse las tesis sobre la superestructuras de Marx y de Engels como “códigos del sistema de la lengua, la religión o el derecho”, sin aceptar el carácter supuestamente analógico de la estructura y el carácter supuestamente digital de la superestructura, dicotomía que impediría analizar la comunicación de masas y el problema de la recepción y génesis de textos. Con el tiempo, todas estas especulaciones sobre el mito que no se quieren mitológicas, van convergiendo con el mito de la “sociedad del conocimiento”, máximo talismán de la globalización. *Pasado y Presente* podía albergar el desconocido fracaso de Deberá en la selva y el éxito de Verón en las futuras teorías de la información.

Continuamos avizorando las páginas subsiguientes de *Pasado y Presente*, tal como se le van presentando al lector diferido, en su secuencia originaria. Nos encontramos ahora con un artículo de Fernando Enrique Cardoso titulado “El método dialéctico en el análisis sociológico”. O el título le queda grande al artículo o el artículo es insuficiente para el prometedor anuncio. El sociólogo y luego presidente brasileño presenta una modesta noción de estas conjunciones respecto a la pregunta de si hay una metodología dialéctica apta para el campo de la sociología. Presupone la superación del campo del empirismo y la invocación de un concepto de totalidad diferente al del funcionalismo algo intentó Malinowsky en *Los agronautas del Pacífico occidental*, resguardando en lo dialéctico el proceso adecuado de mediaciones. Estas permiten el pasaje de lo concreto a lo abstracto y viceversa, el estudio de representaciones y significaciones simbólicas, haciendo de las tensiones entre diversas determinaciones un reconocimiento de los emergentes sociales —los observables, diría Verón- que superen el funcionalismo a la luz de cuestiones del método que resuenan a lo lejos desde la reciente obra de un Sartre, también mencionado por Cardoso, entusiasta anfitrión del filósofo francés cuando este pasa por Brasil. El artículo de Cardoso cae simpático; se le podría adjudicar el proyecto de ir más allá del funcionalismo, pero su apelación a la dialéctica no lo consigue, porque también él cree,

erróneamente -o creía en aquel momento- que “la sociología era un hecho irreversible de nuestra época”. La sociología, en su conciencia última, pronunciaba quedamente para quien quisiera oír, no el vocablo “Partenón, Partenón”, según decía Sartre en el prólogo a Fanon, sino “Parsons, Parsons”. No era así, no había conocimientos irreversibles, porque no hay nada peor en cualquier época que considerar inalterable un saber. Toda la revista, en su trasfondo existencial, lo demuestra, y eso la hace conmovedora.

En su batiburrillo, viene ahora en *Pasado y Presente* un informe sobre los problemas de la revolución en África negra. Los artículos, nuevamente, están tomados de *Le Temps Modernes*. Aparecen las dificultades cuando tropiezan los conceptos de etnia y nación, los dilemas del partido único, la pregunta inquietante sobre si ha partido mal África negra... pregunta provocativa que origina una mesa redonda alrededor de un importante libro del agrónomo René Dumont (del mismo título que la mesa redonda: *L’Afrique noire est mal partie*). Aporta en esta sección el abogado Alberto Ciria, quien plantea, respecto a los movimientos africanos, una específica reserva: muchos jefes de los movimientos de liberación aceptan mitos redentores, como el caso de Egipto, donde abundan efigies de sacerdotes egipcios enseñándole filosofía a los sabios griegos. Pero, en verdad, no es improbable esta imagen, leyendo a Heródoto o a Tucídides.

Toca el turno a otro plato fuerte, una nueva intervención de Oscar del Barco. Esta vez se trata de un conciso y definitivo artículo, con un completo dictamen sobre un libro fundamental de reciente aparición: *El pensamiento salvaje*, de Lévi-Strauss. Tomado de modelos lingüísticos, se destaca el rol de la fonología en el mismo lugar que en la física ocuparía la física nuclear. Proximidad, es claro, con el kantismo, y una cierta fenomenología, pues no está ausente el mundo vivido, de carácter pre-categorial, en esa ciencia de modelos. Pues los nutre, sin abandonar la idea de un hombre concebido como “máquina cibernética”. Esto es, una actividad cerebral que replica modelos clasificatorios como los de la botánica. El pesimismo de Lévi-Strauss contiene el suficiente desgarramiento existencial como para no detener su análisis tan solo en los cruces entre mitos y ritos, en las oposiciones simétricas de las funciones simbólicas, en la redición del sentido a la razón analítica alojada en la actividad cerebral, en la reducción del

tiempo a una serie de códigos de diferente amplitud serial, o las formas mentales del totemismo que invierten y representan el mundo animal, generando mitos tanto neolíticos como contemporáneos. Como los mitos que, sin percibirlo, agitan Sartre o Bergson creyendo que piensan la sociedad industrial y sus revoluciones “francesas” pero solo son una continuidad del pensamiento salvaje, de caduceos o de sioux, tan presos del *bricolage* mítico como los hombres primitivos, sin darse cuenta que si hablan del complejo de Edipo se mantienen enclaustrados en el mito con la misma fuerza pensante material que no establece diferencias entre Sófocles y Freud —siendo esta la última versión del mito y no su develación. En la polémica entre Sartre y Levi-Strauss, quizás la más importante del siglo XX, Oscar del Barco llama con razón a permanecer atentos, en el interior o entre estos dos colosales aportes a la filosofía y a la comprensión de la constitución histórica y natural del ser humano.

Entre las páginas de este número 7-8 hay una crítica de Delich a *Los que mandan*, libro de José Luis de Imaz "que se pretende histórico pero que es a-histórico por su método y conclusiones". Lo mencionamos porque esa es la misma conclusión con que *Fichas*, de Milcíades Peña, castiga también a este libro. Recordemos que las dos revistas rivalizan en su interpretación de la historia argentina, del compromiso político y de los métodos comprensivos de la realidad económico—social, ¿Pero por qué no permitirse pequeñas coincidencias casuales?

Ahora bien. ¿No falta algo? ¿No había que introducir a Lacan? La tarea queda a cargo de Oscar Masotta, como no podía ser de otra manera. Ya estamos en el número 9 de *Pasado y Presente*, el último de la primera época. Corresponde a septiembre de 1965.

Masotta señala la opacidad radical del sujeto para el psicoanálisis, a diferencia de la postulación tradicional del *cogito* y de las terapias del Fortalecimiento del yo. De todos modos, no está absolutamente dispuesto a abandonar algún tipo de relación entre la fenomenología y el psicoanálisis sin *cogito*. Hay que recordar que la última estación de su *vía crucis*: intelectual había sido Merleau-Ponty, sacrificando a Sartre (“pensaba como este, pero hablaba como aquel”). Lo que parecen frases de una lengua recorrida sin sobresaltos, leídos en aquel tiempo, eran novedades sorprendentes. “Las estructuras crean las condiciones de su propia

inteligibilidad". Y lo dice, incluso, citando a un autor de la teoría económica del momento: ni más ni menos que a Paul Baran. Invita también a los filósofos a considerar la lengua del inconsciente, o el inconsciente como lengua, a que sea la base de los nuevos Fundamentos de la filosofía.

Ahora, antes de que "Toto" Schmucler se adentre en *Rayuela* de Cortázar, (contemporánea a *El pensamiento salvaje* y a la *Crítica de la razón dialéctica*), hay que leer un balance favorable de la obra de Prebisch, de quien se ve con simpatía el concepto de "deterioro de los términos de intercambio", pero se duda sobre cuál sería el sujeto que encarnase esas reformas que el economista de la Cepal estaba proponiendo, sin percibir quizás que dentro del capitalismo y su división de trabajo, siempre hay un momento histórico necesario de "atraso". Para un tratamiento más profundo de este tema, el lector debe ser reenviado, nuevamente, a la revista "*Fichas*".

El comentario de Schmucler a *Rayuela* puede ser considerado hasta hoy de lo más importante que se ha escrito en torno a esa novela. Conserva actualidad, lo que es casi hazañoso. La interpretación de *Rayuela* constituye los mismos pasos que debe dar el lector para imaginar que su acto tiene un poder reconstituyente que lo sitúa tanto en el origen de lo literario como en la posibilidad de una lectura que debe realizar operaciones nuevas, componiendo y descomponiendo aparentes estructuras, relaciones aparentes. Hay en *Rayuela* mucho de Alfred Jarry y de James Joyce, en cuanto a una cotidianeidad que es puro azar y sin duda, no se puede pasar por alto —en este totalismo literario desmenuzado en su sí mismo— a Borges, Marechal y Arlt. Pero dentro de la misma novela, las figuras se deshacen alegóricamente: La Maga es Johnny Carter de "El Perseguidor" y escenas como las del paraguas —que varias generaciones de lectores celebraron— recuerdan a Musil. El paraguas que intenta ser abierto, "queda en el pasto como un insecto pisoteado". Equivaldría a la idea de Musil de que el mundo no es un lugar "donde el yo se realiza". En este absurdo hablándole al absurdo, debe moverse el lector cortazariano.

“*Rayuela* es un accidente que le ocurre al lector”, asevera Schmucler, para preguntarse si esa alegoría puede alcanzar para crear una poética que pueda descifrar las incógnitas argentinas, que según Cortázar, son “como dientes o como pelos”.

Cierra el número Aricó, prosiguiendo la polémica con el PC, en el artículo “La condición obrera” —el mismo título de un libro que no mucho tiempo antes había circulado profusamente por Argentina: *La condition ouvrière*, de Simone Weil. Pero la reflexión de Aricó va por otro lado. Dado que la fábrica y el mundo industrial tienen un peso creciente en cualquier sociedad contemporánea, ¿cómo menospreciar los cambios sociales que esto significa desde 1930, tal como acostumbra a hacer el PC? Por lo tanto, hay que analizar las grandes fábricas y sus mutaciones tecnológicas, y al mismo tiempo crear una nueva capa de intelectuales insertos en la relación industria-cultura. Sigue un largo informe sobre la situación en la Fiat de Córdoba, donde se postulan conceptos como el poder obrero autónomo en la fábrica, una clase obrera autoconsciente regulando su propio trabajo y la invitación a no cerrar los ojos ante el fenómeno del peronismo. Inspiran estas consideraciones el libro de André Gorz *Stratégie ouvrière et néo-capitalisme*, de 1964, y la más que interesante encuesta de Marx sobre las condiciones de trabajo en las fábricas, publicada en 1880 en la *Revue Socialiste*. Son 101 preguntas que revelan la agudeza con la que Marx penetra en el tema de las condiciones del trabajo fabril, desde el punto de vista del operario.

Pero aún falta algo más. *Pasado y Presente*, en cada número, nos reserva varios finales. Nuevamente Oscar del Barco se encarga del comentario de las *Formaciones económicas precapitalistas*: de Marx, con prólogo de Eric Hobsbawm, trabajo que recién se publicara en 1939. El tema acucia porque rompe el esquema lineal de desarrollo de las sociedades productivas, según la triada que el marxismo ortodoxo había invocado largo tiempo: feudalismo, capitalismo, socialismo. En esa tranquila sucesión, que daba lugar al economicismo y a las estrategias democrático-burguesas, irrumpe el “modo de producción asiático” donde las tierras son comunes y hay una propiedad comunitaria basada en sistemas colectivos de regadío. No hay propiedad privada, lo cual introduce la inquietante pregunta en relación a si desde esos

arcaísmos productivos se podría pasar directamente al socialismo. Maurice Codelier, lectura del momento citado por Oscar del Barco—, se ocupa de extender ese régimen de obras públicas colectivas a Egipto, África y América Latina. De repente, las formaciones precapitalistas reorganizan el pensamiento revolucionario del siglo XX, y solo faltaba la cita —que Oscar hace— de la carta de Marx escrita en 1880 a Vera Zasulich, *narodniki* rusa, para darle cauce al tema del socialismo en Rusia a partir de las comunas rurales —el mir, la obschina—, lo que permite la fusión de la teoría anticapitalista con la crítica al tiempo lineal de las ortodoxias comunistas, reemplazado por una temporalidad múltiple e incluso circular, tal como el propio Marx sugiere en su último prólogo al *Manifiesto comunista*. El colofón del número es un simpático trabajo de Robert Paris sobre el *Elogio a la pereza*, de Paul Lafargue —hombre de la Comuna de París, yerno de Marx, con el que Marx no está de acuerdo—, pero todo esto contribuía a aumentar los alcances de lectura que tenía esta formulación socialista utópica del liberar el trabajo por los mayores grados de ocio que permitiría el maquinismo.

Pasado y Presente culmina aquí su primera etapa, La multitud de voces que ha convocado era inusual dentro de la izquierda argentina. Por momentos parece un magazine de modas, exploraciones y rescates intelectuales. Pero, por debajo yace la historia política que espera su consumación y que paso a paso lleva hacia donde los autores de la revista no saben, porque también saben que lo que se puede saber de una historia, se reduce a pobres conjeturas que entran en rangos utópicos por más sólidamente teóricos que se quieran. Han abandonado a un clásico Partido pero no se encontraron con la intemperie. Eso ocurriría mucho después. Estaba el tercermundismo, Sartre, Gorz, Lukács, el castrismo, el peronismo revolucionario, Gramsci, la fábrica como sujeto de una nueva pedagogía militante, Lacan, el estructuralismo, los intelectuales como argamasa necesaria de toda revolución, pues eran el lazo imprescindible entre teoría y práctica. El programa de lecturas de un vasto campo cultural renovador de la segunda mitad del siglo XX. El marxismo volvía a vivir y de eso podía extraerse la doble conclusión de que era una vuelta al origen sin dogmatismos, pero también que el marxismo ya era otro, portador de una heterogeneidad de lecturas parecidas a las de sus inicios, sin que nadie

supusiera que una obertura podría tener las mismas características —hegelianos al fin— que un capítulo postrero, de dimensiones trágicas.

El año 1973, pasados los años de Onganía y Lanusse, el movimiento intelectual no se había extinguido. salían *Envido*, *Los libros*, el diario de la CGT *de los: argentinos*, y las brújulas distraídas de la historia señalaban hacia lo que con mayor o menor ligereza se denominaba peronismo revolucionario. Pero la locomotora había accionado un freno que el Cordobazo, 1969, vuelve a desprenden Lo que bullía estaba recomponiéndose. Una parte de la juventud había pasado a la lucha armada explícita, y puesto que eran muchos los que lo hacían en nombre de Perón y de lo que este había dejado en la memoria social, el hombre de Madrid correspondía no desautorizando las audacias e inmensidades que estaban en curso aunque íntimamente, es sabido, no lo convencían. *Pasado y Presente* a sentir el llamado, ocho años de silencio como revista eran muchos, y con características mas homogéneas, es decir, mas directamente ligadas a la lengua política de la hora, retorna a sus lectores que no la habían olvidado.

Es así que ahora estamos en la *Segunda época*. Año IV, 1973. Se computan, sin duda, los tres años anteriores. La Revista tiene su propia temporalidad. Se abre el número con un largo artículo, esta vez a cargo de Juan Carlos Portantiero. ¿Título.' "La 'larga marcha' al socialismo en la Argentina". Después de afirmar un hecho de significación: "luego de ocho años *Pasado y Presente* vuelve a salir", Portantiero encuadra el conflicto de la hora: no se trata de la lucha de la burguesía contra el proletariado, ni de la nación con sus colonizadores, sino de aquella lucha que concita la fuerza imperialista como un factor estructural enfrentada con los trabajadores fabriles. De esta manera, aparece ahora un enunciado fuertemente aseverativo, los temas que ya había tratado la revista en el ciclo anterior, pero ahora clavando sus dictámenes sobre una carne viva de lo social propiciatorio. Por eso, se concluye que solo la participación plena de las masas, adoptada como método permanente del movimiento, puede permitir resolver el problema de la organización política y la elaboración de una estrategia capaz de determinar una crisis general del sistema, dándole a esta una resolución positiva. Son también los viejos temas de la revista; pero se nota que ahora hay a quien hablarle.

Por eso Portantiero se anima a acercarse más al tema, rodear con más precisión los nombres: “En la Argentina de 1973, la destrucción del capitalismo ha dejado de ser el sueño de unos pocos para convertirse en una necesidad económico—social y política del presente (...) capaz de cuestionar el poder capitalista en la fábrica y en la sociedad”.

Las frases que se suceden tienen aroma conocido. Se puede decir que ahora hay más presente que pasado, y más futuro que presente: “Construir una fuerza socialista supone tener una idea de la sociedad futura”. Y no es necesario avanzar mucho más para encontrar la primera, pero previsible, sorpresa: “Parafraseando a Gramsci, si en la Italia de los años 20 la cuestión campesina se expresaba en la ‘cuestión meridional’, en términos ideológicos y culturales, la cuestión obrera no puede ser separada de la ‘cuestión peronista’. Se trata de un dato, no de una teoría”. Arriesgada frase, alegoría italiana revertida a la Argentina, donde el campesinado del sur italiano en su contrapunto con el norte industrial (que en el gramsciano director de cine Luchino Visconti originaba perdurables obras cinematográficas como *Rocco y sus hermanos*) encontraba al obrero peronista. ¿Pero qué quería decir “como dato” y no “como teoría”? En la época había muchos peronistas de izquierda quien esto escribe se consideraba bajo esa contundente pero, en definitiva, vaga definición’, que suponían que ya estaba dada la base “teórica” y no meramente “empírica” (el dato), de lo que sería el tejido cultural que debía constituir la esencia de la movilización. Muchos hablábamos desde “la voz” de Perón, Ensayando diversas hermenéuticas, es claro. Pero no lo considerábamos una exterioridad, una *empirie*, una *Questione meridionale*, que por más que la estimásemos —no nos era desconocido Gramsci nos parecía que pasaba por alto la inagotable urdimbre de palabras que el peronismo había puesto en nuestros oídos, al punto de haberlas creído escuchadas desde siempre, portadoras de un principio de natalidad que no era concebible que nos hubieran venido desde afuera.

Pero ahora, la revista más prestigiosa de la izquierda argentina, la de mayor nivel teórico, la que hablaba de Sartre y de Mao, de los Manuscritos del 44 y de Gramsci, afirmaba que no era un mero economicismo bucear en la identidad de las masas en tanto pueblo-nación. Habíamos disputado con los miembros de *Pasado y Presente* las cátedras de facultades enteras al comienzo

de los 70, y lo habíamos hecho en nombre del peronismo. Ni nos podíamos conformar siendo un mero “dato”, ni podíamos dejar de percibir la potencia teórico-crítica que provenía desde ese otro lado con el que hasta ayer disputábamos. ¿Y que teníamos entre manos? La textualidad peronista ya conclusa, a la que apenas le podíamos agregar magníficos relatos como el de Walsh, y marxismos subordinados a la identidad no como “dato” sino como “teoría”, que en definitiva eran marxismos subalternos, apenas habilitados por las frases de Cooke, que mayor que nosotros —muchos no lo conocíamos personalmente pero sabíamos bien quién era’ había realizado el tremendo y profundo trocadillo propio de un filósofo nominalista de la Viena de 1920 —el que a su manera era un sartreano— afirmando que “en la Argentina los comunistas somos nosotros, los peronistas”. ¿Y eso era un dato o una teoría, o digamos mejor, una meta teoría?

El programa de *Pasado y Presente* era concluyente y hasta cierto punto previsible, ya insinuado en los debates mas “abstractos” del período anterior. O sea: “Impulsar el desarrollo de una conciencia socialista a partir de las luchas de una clase políticamente situada en el interior de un movimiento nacional popular”. ¿Entrismo?

En ningún momento se trata el tema, entre otras cosas porque “dentro el peronismo ya hay un espectro de tendencias que avizoran el socialismo”, solo restando mencionar, como era obvio, los sectores burgueses del FREJULI —por mas que Parado y Presente en Córdoba apoya oficialmente las listas de este frente que lleva a Campora de candidato, que pueden ser conjurados con los que rechazan toda negociación. La larga pieza de Portantiero, escrita para sacudir al ámbito general de las izquierdas, razona por último en relación a las posiciones de Sitrac-Sitram, y las condena en cuanto no han podido distinguir entre dirigentes como Tosco o Atilio López, y la burocracia central cegetista del peronismo. En otro artículo de la revista, Portantiero ofrece un esquema teórico mas desapegado de la coyuntura, y de menor dramatismo que lo que acabamos de leer. Se trata de un reflexión sobre “Clases dominantes y crisis política’, donde habla menos el político que el politólogo del “empate hegemónico”, analizando esa “vacancia” como una “crisis orgánica” en la que las clases dominadas están en situación

revolucionaria. Hacemos una observación que no lo desmerece: hay un Portantiero envuelto en el drama del momento, que lanza la estupenda alegoría de la cuestión meridional italiana sobre la "cuestión peronista", y un Portantiero que a los conceptos que Gramsci los suele manejar con súbita precisión, lo que les retira en algo su calidad de textos insinuantes y ambiguos; los convierte en análisis donde esos mismos conceptos ya se fijan en el vocabulario específico del analista político.

En este marco, cobran nueva importancia las contribuciones de Gramsci en relación a los consejos de fábrica, en el periódico *L'Ordine Nuovo* Aricó tratara este tema. Es conocido que, entre 1919 y 1920, Gramsci tuvo una gran participación, actuando y teorizando sobre los consejos de fábrica de Turin, donde se localizaba la Fiat (ubicada entre las vías Gorizia y Buenos Aires, de Torino). La experiencia era radical: implicaba reemplazar la representación parlamentaria por la fabril y se acercaba a experiencias comunitarias y fraternas del socialismo utópico, pero en el mundo industrial avanzado. junto a esta propuesta, crece el debate sobre la relación entre espontaneismo y acción consciente planificada, renovándose la cuestión al considerarse el espontaneismo no una mitología soreliana sino una inmersión en el sentido común popular y en la posibilidad de ofrecerle una dirección consciente a los movimientos milenaristas.

El último número de *Pasado y Presente* ya es enteramente Gramsci hablando del peronismo, si se nos permite usar los nombres propios a modo de rápidas alegorías. Visto de otro modo, es un número cookista. Comienza con un editorial —se percibe la escritura de Aricó— donde se analizan las consecuencias de la renuncia de Cámpora. Se llama la atención sobre el paroxismo de la lucha interna del peronismo. "Cámpora cayó porque no desalentaba lo suficiente la movilización popular". El peronismo vuelve a ser un nacionalismo popular que acepta los términos de un país dependiente, pero en una atmósfera que se revela inconsistente para el peronismo burgués. El programa de Perón resulta irrealizable. Pues no se trata de distintos ritmos para la misma cosa "retardarios" y "apresurados" sino de cosas diferentes. Entre Gelbard y la izquierda peronista se perciben no ya diferencias de Forma sino de fondo. Por eso,

los grupos revolucionarios del peronismo son los que deben asumir la gran responsabilidad. Deben encarar la dirección de las masas con objetivos socialistas, En el transcurrir de estas reflexiones se elogia el discurso de Firmenich del 22 de agosto de 1973, donde el jefe montonero había expresado que "la revolución es un hecho que brota de una realidad objetiva".

Pasado y Presente percibe aquí la gran diferencia con el ERP. Este grupo insurgente quiere forzar la "unidad de todos los revolucionarios". Suena aceptable en el papel, pero diluye lo específico de la cultura popular revolucionaria de masas que se mueve alrededor de los grupos armados peronistas. Por eso, la unidad es la que deben protagonizar estos con la clase trabajadora. ¿Queda alguna duda que la posibilidad socialista es lo que está atravesando ahora mismo el movimiento peronista? Esa es la novedad histórica. La responsabilidad de que esto no se frustre la tienen los dos grupos que se acaban de unir.

Y aquí *Pasado y Presente* escribe su frase máxima, su profundo monólogo hamletiano, su *dictum* Fáustico brotado de las entrañas legendarias del "moderno príncipe". Y esa frase es: "la reciente ubicación de FAR y Montoneros constituye un hecho destinado a tener una profunda significación en la historia Futura de la lucha de clases en la Argentina". Se concibe un partido político de masas radicado en las fábricas donde la acción política quede equilibrada con la acción militar, sin vanguardismos típicos de las izquierdas abstractas.

El lector debe contener la respiración. Como acontecimiento singular que pertenece a la historia intelectual de las izquierdas argentinas, este es el máximo punto al que ha llegado la apuesta revolucionaria en un paraje del cosmos político de repentina intuición. Se ha producido el encuentro de dos historias paralelas, la de los jóvenes armados que hablan la lengua peronista para a su vez disputársela al viejo Perón, y el de las izquierdas de origen comunista que han abierto su lectura de la crisis mundial con la bibliografía mas encumbrada que había permitido la época. La época, además, si la consideramos un ápice de intensidad relampagueante en una esfera que parece cerrada pero que tiene todos sus puntos en un equilibrio inestable, dándole a todos sentido y a todos la misma libertad para escapar de ese sentido —ha allí reproducido el

dilema luxemburguesa de espontaneidad o conciencia directriz planificada—; la época, decimos, bien podía haber elegido esa frase para decir esa soy yo y para decir también que la tensión que se creaba no tenía ninguna viga exterior, sino que todo era inmanencia, política humana.

La revista, luego de arribar a ese momento que Carlos Astrada hubiera llamado el del “marxismo y sus escatologías”, también permite sosiegos al lector. Viene entonces un artículo que no escapa del sentido general del número, pero está escrito en el tono reposado del estudioso. Es la contribución de José Nun titulada “El control obrero y el problema de la organización”. No obstante, luego de asentar un principio de auto emancipación de los trabajadores, donde el partido —al que no se lo niega- no opere como “conciencia externa” de la clase productora sino que sea un resultado auto deliberativo de ella, Nun escribe que “la palabra *montoneros*” se difundió de manera tan vertiginosa que no representa apenas el nombre de un grupo sino de una entera causa popular. Es sin duda una abreviatura de lo que Aricó y Portantiero venían formulando, lo que muestra que los sostenes invisibles que toda época le presta al lenguaje, hacen del pensamiento y la escritura un evento con autorías perfectamente delineadas, pero que son atraídas por imanes colectivos o construidas con lógicas subterráneas donde una suerte de *mae/room* convida conciencias al profundo torbellino general. De paso, puede recordarse que muchos años después, en sus conocidas tesis sobre la articulación de diferencias y equivalencias en las demandas populares, Ernesto Lacau empleó este mismo ejemplo de Nun —que estaba para todos a la mano- como una de sus ejemplificaciones favoritas en torno al aglutinamiento de los intereses populares.

Antes de entrar al tema Cooke, la revista ofrece ejemplos de dos propuestas de “control obrero” en las fábricas. Se trata de dos largos documentos emitidos por comisiones internas y directivas de FOETRA y Gas del Estado, en ambos casos agremiaciones donde incide fuertemente el peronismo revolucionario.

El drama de *Pasado y Presente*, en cuyo trasfondo se escucha el mismo diapasón angustioso de la generación del 37 y acaso el de *La Montaña* (Ingenieros y Lugones), el de la segunda *Inrurrexít* y el de FORJA —distintas circunstancias y personas, la misma brecha entre la

ambición regenerativa y los condicionamientos políticos—, esta por concluir bajo el nombre de John William Cooke. El lugar que este nombre ocupa en la historia de las ideas políticas argentinas es el de una transición y el de una maldición. Todas las tesis de *Pasado y Presente* ya las tenía enunciadas, implícitamente, en los largos documentos que escribía con su fina prosa y en la correspondencia con Perón, el epistolario donde laten —sin Luporini, Della Volpe o André Gorz— todos los temas de la cuerda revolucionaria de la nación en la dialéctica profunda de lo pasado reinstalándose como tragedia o como comedia en lo presente. A Cooke lo distingue la famosa carta de Perón donde se realizaría el mimetismo imposible, mucho más profundo de lo que las prevenciones de *Pasado y Presente* imaginaban: “su

palabra será mi palabra, sus decisiones serán mis decisiones”, le dice el viejo al joven. Cooke ya había leído los Manuscritos del 44, a Gramsci y a Lukács, polemizaba con Rozitchner en La Rom blindada y además, para agregar algo a estas sobredeterminaciones, a este concreto como síntesis de muchos arrojados: había sido un joven diputado nacionalista del peronismo en la década del 40, opuesto a los tratados internacionales con los que Perón intenta suavizar el tono antiimperialista que había tenido su campaña de 1946.

Volvamos a las hojas postreras de *Pasado y Presente* Es Juan Carlos Portantiero el encargado de introducir un escrito « inédito, se aclara— de John William Cooke destinado a la lectura en La Habana por parte de Fidel Castro. Finalmente será Guevara quien lo lea. Portantiero, con todo, lo juzga más “foquista” de lo que reclama esa coyuntura de 1973. ¿Y qué leen los ojos del Che?

Es lo que publica *Pasado y Presente*. Es un Cooke más conciso, enjuto y bravío en su argumentación. Se priva de lo que en otros textos sabe modular bajos los famosos serpenteos de lo que era el nombre intenso de la imposibilidad misma: el “hecho maldito”, un concepto finalmente sartreano. Se trata del informe titulado “Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina”. Allí se lee que “si por algo decimos que el pueblo

trabajador argentino está ‘politizado’ es porque no cree en las tonterías de la democracia ‘representativa’. Los peronistas vivimos 10 años inculcándoles esa idea y otro tanto hicieron los

marxistas, y ahora que ese pueblo sabe que no puede esperar mucho de los partidos burgueses, ¿vamos a restaurarles la fe perdida y tratar de demostrarles que por medio de elecciones se alcanzarán los fines revolucionarios que terminen con la explotación y el imperialismo? ¿Es que acaso nosotros lo creemos”. Como se ve, este escrito precede a las elecciones del 73 —Cooke fallece en el 68— pero de lo que se trataba es de descolocar ante la dirección cubana lo que le parecen las cuestionables alianzas del PC argentino. Lo dice bajo la forma de una de las tantas paradojas que le gustaban: “El PC es un aliado indispensable por sus vínculos con el socialismo internacional y con el de Cuba en especial, pero adopta una línea de acción que retarda el avance e integración de las masas. O sea, que el prestigio que automáticamente le agrega la radicalización de la revolución cubana, le sirve para frenar las tendencias similares en el orden interno de la República Argentina”.

El documento es largo; su tesis central, bien conocida: era la arrebatada transfiguración, que bien hubiera podido sonar en la obra de un Martínez Estrada, de que “en Argentina, los comunistas somos nosotros, los peronistas”, Eran los difíciles escorzos de su biografía personal y de su condición de fino intelectual de la singularidad argentina, de una textualidad inusual para ese y cualquier otro momento, y de internacionalista convencido, al que sin embargo Perón había tratado con el íntimo apodo de “Bebe”. A *Pasado y Presente* le encajaban a la perfección estas reflexiones, que se realizan poco tiempo después de que dejara de salir por primera vez — fines del 66, principios del 67-, y que ahora cierran el último número de la segunda época con este manifiesto habanero, que pronto sería devorado por el final sangriento de ese período, por una acción desconocida de ese modo hasta entonces, el terrorismo de Estado. Pero aún quedan unas páginas de *Pasado y Presente*, y en ellas vuelve el recuerdo originario del peronismo, así como Cooke es su consumación doliente.

Se trataba de las actas de la reunión del Comité Confederal de la CGT en 1945, donde se discute el paro general del 18 de octubre —dejado sin efecto por los acontecimientos que se precipitan el día anterior— y en donde en una discusión de profundo interés, los dirigentes sindicales socialistas, comunistas, laboristas y forjistas, tratan de ubicar al movimiento obrero

en relación a la figura del Coronel emergente, en el que emergen los temas de una autonomía de la clase trabajadora que apoye por sí esas movilizaciones, o los primeros silabeos de una identidad peronista en ciernes. Nada mejor para retratar el propio albur de *Pasado y Presente*, decisivo nervio intelectual de la Argentina contemporánea, que de muchas maneras se estaba enfrentando a esta misma situación.

Aquí concluye la labor de la revista, que modernizó el terreno intelectual argentino y utilizó libremente enormes fragmentos de la lengua gramsciana para enfrentar la construcción de un estamento intelectual argentino que reviera enérgicamente las posiciones tomadas por las izquierdas dogmáticas frente a una realidad definida como “síntesis de múltiples determinaciones”, La ilusión seguía en el exilio y el exilio también significará revisiones y replanteos. Muchos ya estaban insinuados en la revista. El fracaso de la revolución, no solo en Argentina, proponía el temible espectáculo de volver a confrontar las ideas con las “duras vigas de madera”. ¿Qué textos entonces habían fracasado o sucumbido? Luego, otra época comenzaría, primero con turbios signos de muerte y después, con la “apertura democrática”, a través de gramáticas donde las esperanzas del pasado eran exigidas al máximo por un presente estrecho, que permitía retomar en el país la vida intelectual que formidablemente había proseguido en México a la manera de una autocrítica que asemejaba ser una desconsolada antropología de las ruinas— y lo poco que parecía mantenerse en pie debía aceptar la frase del difícil juego democrático que se proponía —siempre bajo acechanza— y que tenía como prevenida bandera una frase que *Pasado y Presente* no hubiera escrito en la plenitud de sus manifestaciones: “nunca dijimos que estamos aquí porque tomarnos el Palacio de Invierno”.

En efecto, la historia puede ser pensada pero nunca sabemos en que porción de ese pensamiento se refugian las burlas a las que nos somete. Muchos libros hablan hoy de este tema. Es recomendable absolutamente *La cola del diablo* de Aricó, donde se rememoran muchos de estos acontecimientos y si no nos equivocamos, no solo se revisa la actitud de Guevara por su proclividad a una denominada “sed de absoluto”, sino que se toma una primeriza discusión de Gramsci con Rodolfo Mondolfo —aún en Italia— donde este filósofo que enseñó en la Argentina,

ya le criticaba al después encarcelado Gramsci la idea del “moderno príncipe” como partido que se referenciaba solo en sí mismo. Era otra forma de la “sed de absoluto”. Estas críticas al propio pasado son quizás una parte de la “astucia de la razón” a la que el editorial del primer número de *Pasado y Presente* se refería. Es la astucia mutua con la que pasado y presente se miran y se restan o agregan, según el caso, porciones de esquivo racionalidad. Todos fuimos tocados, en distintas medidas, por esas oscuras maniobras de la razón y la historia.

Horacio González